

PHILIPPE SÉNAC

EN LOS CONFINES DE AL-ANDALUS  
LA PRESENCIA MUSULMANA EN EL SUR DE LA GALIA  
(SIGLOS VIII-IX)

Traducción de  
Rafael G. Peinado Santaella

GRANADA  
2025

# COLECCIÓN HISTORIA

*Director*

FRANCISCO SÁNCHEZ-MONTES GONZÁLEZ  
Universidad de Granada

*Comité científico*

ALEJANDRA PALAFOX MENEGAZZI  
Universidad de Granada

RAFAEL G. PEINADO SANTAELLA  
Universidad de Granada

FRANCISCO ANDÚJAR DEL CASTILLO  
Universidad de Almería

INMACULADA ARIAS DE SAAVEDRA ALÍAS  
Universidad de Granada

FRIEDRICHCH EDELMAYER  
Universidad de Viena

JOSÉ FERNÁNDEZ UBIÑA  
Universidad de Granada

ADELA PILAR FÁBREGAS GARCÍA  
Universidad de Granada

ÁNGEL GALÁN SÁNCHEZ  
Universidad de Málaga

MIGUEL GÓMEZ OLIVER  
Universidad de Granada

CÁNDIDA MARTÍNEZ LÓPEZ  
Universidad de Granada

MIGUEL MOLINA MARTÍNEZ  
Universidad de Granada

OFELIA REY CASTELAO  
Universidad de Santiago de Compostela

TERESA MARÍA ORTEGA LÓPEZ  
Universidad de Granada

RAFAEL QUIROSA-CHEYROUZE Y MUÑOZ  
Universidad de Almería

PHILIPPPE SÉNAC  
Universidad de la Sorbona

PURIFICACIÓN UBRIC RABANEDA  
Universidad de Granada

BERNARD VINCENT  
École des Hautes Études en Sciences  
Sociales de Paris

Publicado originalmente en Francia como: *L'autre bataille de Poitiers. Quand la Narbonnaise était musulmane (VIII<sup>e</sup> siècle)* por Philippe Sénac.

© ARMAND COLIN 2023, MALAKOFF

© DE LA TRADUCCIÓN: RAFAEL G. PEINADO SANTAELLA

© UNIVERSIDAD DE GRANADA, 2025

ISBN: 978-84-338-7484-9 • Depósito legal: Gr./292-2025

Edita: Editorial Universidad de Granada

Campus Universitario de Cartuja

Colegio Máximo, s.n., 18071, Granada

www: [editorial.ugr.es](http://editorial.ugr.es)

Fotocomposición: María José García Sanchis. Granada

Diseño de cubierta: Tarma. Estudio gráfico. Granada

Imprime: Gráficas La Madraza. Albolote



Calidad en  
Edición  
Académica  
Academic  
Publishing  
Quality

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

## ÍNDICE

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA . . . . .	9
INTRODUCCIÓN . . . . .	11
Capítulo primero. LAS FUENTES ESCRITAS Y SUS LIMITACIONES	23
Datos procedentes de las fuentes árabes . . . . .	23
La contribución de las fuentes latinas . . . . .	26
Un adversario mal conocido . . . . .	28
Capítulo II. NARBONA A PRINCIPIOS DEL SIGLO VIII . . . . .	35
La provincia a finales de la Antigüedad tardía . . . . .	35
La revuelta del duque Paulo y sus consecuencias . . . . .	42
Los últimos días de la Narbona visigoda . . . . .	45
Capítulo III. LAS PRIMERAS OFENSIVAS EN LA GALIA NARBONENSE . . . . .	51
De Zaragoza al Mediterráneo . . . . .	51
La toma de Narbona. . . . .	57
La ofensiva contra Tolosa . . . . .	60
Capítulo IV. LA REANUDACIÓN DE LAS OFENSIVAS. . . . .	67
La toma de Carcasona y Nimes. . . . .	67
Continuación de las ofensivas hacia el norte . . . . .	70
Tensiones árabo-bereberes en las fronteras de Narbona . . . . .	74
Capítulo V. EL NACIMIENTO DE UNA WILĀYA. . . . .	79
Los gobernadores árabes de Narbona . . . . .	79
Relaciones con las poblaciones locales. . . . .	82
La ciudad de Narbona en las fuentes árabes. . . . .	85
Capítulo VI. LA REACCIÓN FRANCA . . . . .	91
Las últimas expediciones árabes . . . . .	91
Las campañas de Carlos Martel y la batalla de Sigean . . . . .	92

La toma de Narbona por los francos . . . . .	98
Capítulo VII. EL RETORNO DE LA AMENAZA . . . . .	107
La gran ofensiva del 793 . . . . .	107
Un botín considerable . . . . .	110
Últimas incursiones . . . . .	116
Capítulo VIII. HUELLAS MATERIALES DE UN PASADO LEJANO. .	119
Numerosas monedas. . . . .	119
Notables sellos omeyas . . . . .	125
Sepulturas islámicas . . . . .	128
Capítulo IX. DE LA LITERATURA MEDIEVAL A LA ACTUALIDAD .	131
Fundaciones monásticas y cantares de gesta . . . . .	131
Grabados e ilustraciones . . . . .	137
Una actualidad occitana . . . . .	141
CONCLUSIÓN . . . . .	145
Regresando a Poitiers . . . . .	145
¿Un descuido de la memoria? . . . . .	147
De Poitiers a Covadonga. . . . .	149
FUENTES . . . . .	153
Fuentes árabes . . . . .	153
Fuentes latinas . . . . .	154
BIBLIOGRAFÍA . . . . .	157

## PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Al igual que Covadonga, la batalla de Poitiers es uno de esos acontecimientos que nunca ha dejado de suscitar debate, sobre todo en las redes sociales, y las noticias más recientes no parecen capaces de calmar las tensiones. Algunos siguen viéndola como la victoria del Occidente cristiano sobre el islam, mientras que otros, en reacción a la idea de un «choque de civilizaciones», acaban por descuidar esta hazaña armamentística restándole importancia. Lejos de poner en tela de juicio la historicidad de dicho episodio, las páginas que siguen pretenden sobre todo recordar que el eco resonante de aquella batalla y las recuperaciones que se han hecho de ella han terminado por enmascarar una realidad histórica de muy distinta importancia, a saber, que durante varias décadas, al margen de al-Andalus, la antigua provincia visigoda de la Narbonense fue parte integrante del imperio omeya, y que las huellas de esa presencia árabo-bereber aparecen cada vez más numerosas desde hace varios años. Tras varias conferencias pronunciadas en Córdoba, Granada y Narbona, pareció necesario reunir todos los datos relativos a este pasado lejano y evaluar su memoria. Tomando prestada de *Annales* la célebre frase de Pierre Guichard «los árabes sí que invadieron España»<sup>1</sup>, es evidente que los árabes también invadieron el sur

1. P. Guichard, «Les Arabes ont bien envahi l'Espagne», *Annales. Economies, sociétés, civilisations*, 29/6 (1974), pp. 1483-1513. *N del t.*: «Los árabes sí que invadieron España», en Pierre Guichard, *Estudios sobre historia medieval*, Valencia, 1987, pp. 27-71.

de la Galia. Una vez rechazados por los francos, continuaron realizando incursiones, una de las cuales, durante el reinado del emir Hišâm I, fue ampliamente relatada por numerosos cronistas, tanto cristianos como musulmanes. En los confines del *dâr al-islâm*, es este pasado —a menudo descuidado por el «relato nacional» francés a favor de la victoria de Poitiers— el que deseamos recordar aquí, subrayando una vez más que los Pirineos no constituían entonces una «frontera».

## INTRODUCCIÓN

Desde 1991 se puede contemplar en una pequeña sala de la Galería Sully del Museo del Louvre una escultura en bronce de Jean-François Théodore Gechter titulada *Le Combat de Charles Martel et d'Abderamane roi des Sarrazins*. La obra fue encargada por el Ministerio de Comercio e Industria y expuesta en el Salón de 1833. Aquel mismo año, el rey Luis Felipe se comprometió a convertir el castillo de Versalles en museo histórico de Francia, y fue allí, en la galería de las batallas, donde se expuso en 1837 la *Bataille de Poitiers* que acababa de pintar Charles de Steuben, no lejos de otros dos lienzos dedicados a la *Bataille de Tolbiac* y a *Charlemagne à Paderborn*. La victoria de Carlos Martel se inscribía así en los grandes momentos que hicieron Francia. En el mismo siglo XIX, el vencedor de Poitiers fue representado por el escultor Jean-Baptiste-Joseph Debay (m. 1863) en forma de estatua expuesta en una de las galerías del castillo de Versalles. Unos años más tarde, en 1874, el pintor Pierre Puvis de Chavannes dedicó un cuadro impregnado de tintes más religiosos al acontecimiento que lleva por título *L'an 732, Charles Martel sauve la chrétienté par sa victoire sur les Sarrasins, près de Poitiers*. En varias de estas obras, el mayordomo de palacio lleva una corona aunque nunca fue rey, pero fue sin duda por sus éxitos militares por lo que su figura se impuso entonces y en primerísimo lugar tras su triunfo cerca de Poitiers.

Como ya han señalado numerosos autores, el interés por este episodio no era nuevo, aunque las fuentes más antiguas apenas se detienen en el acontecimiento. Los contados cronistas árabes que se refieren a él se limitan a mencionar la muerte del emir 'Abd al-Rahmân

al-Gâfiqî como mártir islámico durante una expedición al país de los francos, en un lugar llamado *balât al-šuhadâ*, es decir, «la calzada de los mártires», bien en el año 114 de la hégira (732) o en el año 115 (733). Por su parte, los anales francos fijan la mayoría de las veces el acontecimiento en 732, pero en términos muy breves que relatan, como en los *Annales Petaviani*, que «Carlos libró un combate contra los sarracenos en octubre, un sábado». Varias de ellas, como la *Crónica de Fredegario*, acusan al duque Eudón de Aquitania de haberse aliado con los sarracenos, mientras que la *Crónica de Moissac* cuenta que, tras ser derrotado, el duque pidió ayuda a Carlos Martel, lo que parece ajustarse más a la realidad, como ha demostrado claramente Michel Rouche<sup>1</sup>. La fuente mejor documentada sobre el encuentro sigue siendo la *Crónica mozárabe de 754*, manuscrito redactado por un clérigo anónimo que vivió en Andalucía hacia mediados del siglo VIII y que disponía de informaciones muy precisas, procedentes quizá incluso de personas que participaron en la batalla. Su extenso relato de la batalla se ha hecho famoso por el uso del término *Europeos* para designar a las tropas de Carlos Martel, un término que después se retomó a menudo para hacer de la batalla un conflicto entre dos mundos, el Occidente cristiano y el islam:

Entonces Abderramán, al ver ocupada toda la región por su multitudinario ejército, atraviesa las montañas de los vacceos, pasa por los terrenos pantanosos igual que por los llanos, entra en territorio franco, y tan adentro penetra castigándolo con la espada, que al presentarle combate Eudo más allá del río Garona y del Dordoña, le hace huir, y solo Dios sabe el número de muertos y desaparecidos.

Continuando Abderramán la persecución del mencionado duque Eudo, mientras se detiene a destruir palacios y quemar iglesias, e intenta saquear la diócesis de Tours, se encuentra con Carlos, cónsul de Austria, hombre belicoso desde su infancia y muy versado en asuntos

1. M. Rouche, «Les Âquitains ont-ils trahi avant la bataille de Poitiers?», *Le Moyen Age*, LXXIV (1968), pp. 5-26.

militares, de antemano advertido por Eudo. Después de atormentarse durante casi siete días unos y otros con pequeños enfrentamientos militares, al fin se despliegan en batalla, y en dura pelea, permaneciendo las gentes septentrionales inmóviles como una pared y manteniéndose en bloque como el hielo en época invernal (o en una región polar), pasan a espada en un abrir y cerrar de ojos a los árabes. Cuando la gente de Austria, sobresaliente por la robustez de sus miembros y por su vigorosa mano de hierro, mata, hiriéndolo en el pecho, al rey que le había salido al encuentro, la noche interrumpe al punto la batalla, y desdeñosamente levantan sus espadas, reservándose para la lucha del día siguiente, al ver la gran extensión del campamento árabe. Por la mañana, saliendo de sus habitáculos al amanecer, los europeos divisan las tiendas árabes dispuestas ordenadamente y sus tabernáculos tal como había sido colocado el campamento. Sin saber que estaban totalmente vacías y creyendo que dentro de ellas se hallaban las falanges de los sarracenos preparadas para combatir, enviaron exploradores y pudieron averiguar que todos los ejércitos islamitas habían huido y que durante la noche, calladamente, en apretada columna habían regresado a su patria<sup>2</sup>.

La victoria de Carlos Martel fue mencionada posteriormente por varios cronistas, entre ellos Ademaro de Chabannes y Sigeberto de Gembloux, pero no fue hasta mediados del siglo XIII cuando adquirió especial notoriedad con las *Grandes chroniques de France*. Este manuscrito, destinado a celebrar la historia de los francos, fue objeto de varias ediciones iluminadas a lo largo de la Baja Edad Media, y en él se relata que Carlos Martel fue el defensor de la fe cristiana y que mató a 375.000 sarracenos durante la batalla. Poitiers aparece entonces en la *Histoire des faits et gestes des rois francs* que el cronista Paul Emile de Vérone escribió a petición de Francisco I en 1516, y en la que se describe a Carlos Martel como defensor de la patria. Dos siglos más tarde,

2. *Crónica mozárabe de 754*, ed. y trad. de J. E. Lopez Pereira, Zaragoza, 1980, pp. 98-100.

Voltaire sostenía que, sin Carlos Martel, Francia se habría convertido en una provincia mahometana, y Chateaubriand se hacía eco de esta opinión, afirmando que la batalla fue uno de los mayores acontecimientos de la historia y que «con la victoria de los sarracenos, el mundo era mahometano».

De hecho, fue sobre todo con el inicio de la conquista de Argelia cuando la batalla de Poitiers suscitó un renovado interés, como demuestran las obras de arte que acabamos de mencionar. Algunas décadas más tarde, tras la derrota de 1870, en un momento en que la ocupación de Alsacia-Lorena provocaba grandes amarguras, la III República utilizó el episodio para destacar la capacidad del pueblo franco para rechazar cualquier invasión extranjera. La victoria de 732 fue objeto de un largo ensayo en la obra de François Guizot *L'Histoire de France racontée à mes petits enfants* (1872), e incluso figuró en varios manuales escolares de primaria, como el escrito por Ernest Lavisse para el primer curso de secundaria en 1913, en el que escribió que «Carlos Martel impidió que los árabes conquistaran nuestro país». Despojada de cualquier connotación religiosa, la batalla se convirtió incluso en uno de los principales hitos del «relato nacional», junto a Bouvines, Marignan o Valmy.

Más recientemente, la victoria de Carlos Martel ha cobrado una nueva relevancia cuando ciertos movimientos políticos la han utilizado como símbolo frente a la propaganda islamista. Interpretada como una de las primeras manifestaciones del «choque de civilizaciones» caro al profesor estadounidense Samuel Huntington, se ha convertido desde entonces en objeto de polémicas y tensiones: a modo de ejemplo, el pequeño museo creado en 1999 al norte de Poitiers, en el presunto lugar de la batalla, fue dañado deliberadamente, lo que ilustra claramente las pasiones suscitadas por aquel enfrentamiento. Se le han dedicado varias páginas Web, e incluso invade regularmente las redes sociales. En un libro publicado poco después de los atentados de París de 2015 y de la aparición del lema «Yo soy Carlos Martel», William Blanc y Christophe Naudin mostraron hasta qué punto este acontecimiento había contribuido al desarrollo de un mito identitario y hasta

qué extremo había sido recuperado con fines políticos<sup>3</sup>. Examinando una multitud de fuentes, libros, ilustraciones y obras de arte, estos dos autores estudiaron minuciosamente el eco generado por aquella batalla desde la Edad Media hasta nuestros días, destacando al mismo tiempo el renovado interés que en fechas recientes ha suscitado en ciertos círculos políticos calificados de islamóforos. Evidentemente, será difícil ir más lejos en este tema, aunque el historiador Georges Minois retomó la cuestión en 2020 en un libro dedicado a Charles Martel, en el que se le describe como el «baluarte de Occidente» y el «martillo del islam»<sup>4</sup>.

Podríamos incluso proseguir el debate cuestionando el lugar preciso de la batalla o sugiriendo que se revise la fecha tradicionalmente aceptada del sábado 25 de octubre de 732, pero, a falta de nuevas fuentes o restos materiales, solo el alcance del acontecimiento sigue siendo objeto de interpretaciones divergentes, incluso en los círculos universitarios. Para algunos especialistas del islam medieval, como Françoise Micheau, la batalla no fue más que una «escaramuza» y la incursión de 732 no fue una invasión sino una simple razzia<sup>5</sup>. En cambio, para otros, sería un error restar importancia a esta batalla, y nada impide imaginar que, si Carlos Martel hubiera sido derrotado, la expansión árabe habría continuado y Aquitania habría sido sometida. En 2017, en un blog del diario *Le Monde*, Pierre Guichard condenó el uso de la palabra «escaramuza» para definir el acontecimiento, y escribió que «el esfuerzo, justificado, por “desmitificar” un acontecimiento no debe, olvidando los

3. W. Blanc y Ch. Naudin, *Charles Martel et la bataille de Poitiers. De l'histoire au mythe identitaire*, París 2015 (2.<sup>a</sup> edición, París, 2022). En la segunda edición de este libro, ambos autores completan su declaración adoptando un enfoque «ucrónico» destinado a considerar la hipótesis de una derrota de Carlos Martel en 732 y las consecuencias que esta podría haber tenido.

4. G. Minois, *Charles Martel*, París, 2020.

5. F. Micheau, «732, Charles Martel, chef des Francs, gagne sur les Arabes la bataille de Poitiers», A. Corbin (dir.), *1515 et les Grandes dates de l'histoire de France*, París, 2005, p. 35.

textos, llevar a minimizarlo hasta el punto de que casi desaparezca»<sup>6</sup>. De hecho, en la *Histoire mondiale de la France* publicada aquel mismo año bajo la dirección de Patrick Boucheron, se suprimió deliberadamente la fecha de 732<sup>7</sup>.

Sin embargo, y por varias razones, sería demasiado excesivo insistir en la fecha de 732. En primer lugar, porque si asociamos el fracaso del emir 'Abd al-Raḥmân al-Gâfiqî cerca de Poitiers a la derrota árabe en Tolosa en 721 o a la victoria de Pelayo en Covadonga en 722, aquel nuevo revés traducía el agotamiento de las conquistas árabes iniciadas un siglo antes en Oriente. El segundo asedio de Constantinopla por los ejércitos omeyas ya había fracasado en 718. Sobre todo, porque desde la perspectiva de la Galia de la época, la victoria de Poitiers fue un paso decisivo en el avance franco hacia el sur, e incluso podría decirse que, al aplastar al duque Eudón de Aquitania, las tropas de al-Andalus hicieron un gran favor a Carlos Martel, ya que, poco después de la muerte del duque (735), el poderoso mayordomo de palacio tomó Burdeos y otras fortalezas. La victoria de Poitiers también contribuyó a acercar al príncipe franco al papa Gregorio III, y el año 732 fue así el origen de la alianza entre Roma y los francos que condujo a la primera coronación de Pipino el Breve en 751. Subrayemos, en fin, que, en lo que respecta a los conflictos con los musulmanes, el efecto de aquella victoria tampoco fue desdeñable, ya que los alejó definitivamente de Aquitania. En efecto, nunca más los ejércitos de al-Andalus utilizarían la ruta de los Pirineos occidentales para entrar en la Galia. La batalla de Poitiers no fue, por tanto, un acontecimiento histórico insignificante, pero lo cierto es que la atención prestada a esta hazaña bélica resulta en última instancia excesiva en la medida en que, contrariamente a lo que a veces se ha escrito, la victoria de Carlos Martel nunca puso fin a los combates entre los francos y los contingentes

6. P. Guichard, «Histoire. La bataille de Poitiers, une escarmouche?», *Blog Le Monde des Lecteurs*, 19-01-2017.

7. P. Boucheron (dir.), *Histoire mondiale de la France*, París, 2017.

árabes establecidos en la Galia. Cabe incluso preguntarse si el eco generado por la victoria de Carlos Martel en Poitiers no fue objeto de una notoriedad creciente a lo largo de los siglos para mitigar la magnitud de la derrota sufrida allí por el rey Juan II el Bueno y su hijo Felipe a manos del Príncipe Negro en 1356.

En realidad, el verdadero problema reside en otra parte. Estriba en que este acontecimiento ha eclipsado otros episodios contemporáneos, empezando por la presencia árabo-musulmana en la Galia mediterránea y los combates que durante más de medio siglo enfrentaron a guerreros francos y tropas árabes. Sin embargo, curiosamente, esta historia no ha tenido el mismo éxito que la batalla de Poitiers, como si la presencia musulmana en la Galia pudiera reducirse al breve episodio de Poitiers o de la Provenza sarracena durante el siglo x. A modo de ejemplo, un número reciente de los *Dossiers d'Archéologie* dedicado a *Narbonne antique et médiévale* pasa alegremente de los visigodos de la Antigüedad tardía a la Edad Media sin mencionar que esta ciudad fue durante varias décadas la capital de un territorio bajo control cordobés y que permaneció expuesta a la amenaza durante mucho tiempo, incluso en plena época carolingia<sup>8</sup>. No podemos culpar a los responsables de esta publicación, en la medida en que el objetivo era poner de relieve los esfuerzos realizados para restaurar la riqueza de los vestigios romanos en esta región y la apertura del notable museo *Narbo Via*, pero tal ausencia no deja de ser reveladora, como si esa presencia árabe hubiera sido un mero interludio. Afortunadamente, una exposición titulada *Septimanie. Languedoc et Roussillon entre Antiquité et Moyen Âge* en el yacimiento de Lattara, en Lattes, en el departamento de Hérault, ha tenido el mérito de presentar varios objetos de aquel periodo<sup>9</sup>. Se trata de una iniciativa muy loable, no solo porque en los últimos años se

8. *Dossiers d'Archéologie. Narbonne antique et médiévale*, 414, noviembre-diciembre 2022.

9. L. Schneider (ed.), *Septimanie. Languedoc et Roussillon entre Antiquité et Moyen Âge*, Gante, 2023.

han realizado numerosos descubrimientos arqueológicos, sino también porque las fuentes escritas, ya sean árabes o latinas, dan testimonio de un pasado al que a menudo solo se ha prestado una atención secundaria al centrarse en el año 732.

Lejos de Aquitania y del revuelo mediático en torno al éxito de Carlos Martel, las páginas que siguen pretenden contar una historia diferente, adoptando un enfoque basado en los acontecimientos. Para apreciar mejor el desarrollo y el alcance de la misma, no se contemplará desde la perspectiva de «la historia de Francia» ni de ningún «relato nacional», sino desde la de un mundo musulmán en pleno desarrollo. Se trata de una elección totalmente legítima. No solo porque las ofensivas árabes en el sur de la Galia fueron la continuación de una expansión armada marcada por la conquista de Egipto, el norte de África y la Hispania visigoda, sino también porque es imposible recorrer la historia de la dominación árabo-musulmana de las tierras en torno a Narbona sin tener en cuenta los acontecimientos que marcaron el desarrollo político del Occidente musulmán y de al-Andalus en particular. Fueron estos factores los que marcaron el ritmo de las expediciones a tierras francas y, sin minimizar el poder de los ejércitos de los primeros carolingios, fueron los conflictos y tensiones surgidos entre los conquistadores los que condujeron a su debilitamiento y al fin de su dominio sobre estas zonas tan alejadas de Oriente.

Ciertamente, este proyecto no es nuevo. De hecho, mucho después de los analistas y cronistas de la Edad Media, varios autores ya habían evocado este pasado lejano. La toma de Aviñón y Narbona fue relatada en 1667 por el capellán de Luis XIV, Jacques Carel de Sainte-Garde, en un largo poema titulado *Les Sarrazins chassez de France*. La obra tuvo poco éxito, pero fue reeditada al año siguiente con el título *Charles Martel et les Sarrazins chassez de France*, cuyo héroe ya no era Carlos Martel, sino su hermanastro Childebrando. En el siglo siguiente, hacia 1730, los dos padres benedictinos Claude Devic y Joseph Vaissète relataron a su vez todos estos acontecimientos en su monumental *Histoire Générale de Languedoc*. Posteriormente, otros historiadores también se ocuparon de estos acontecimientos, como François Guizot (m. 1874),

que relató la toma de Narbona en términos claramente sesgados a favor de los francos y de la supremacía del cristianismo:

La conquista de la Septimania fue más larga que difícil; tras conquistar los campos de la región, los francos retuvieron Narbona, su capital, durante tres años, a donde los árabes de España, muy debilitados por sus discordias, intentaron en vano traer refuerzos. Junto a los árabes musulmanes, la población de la ciudad contaba con numerosos godos cristianos que se cansaron de sufrir por la defensa de sus opresores; entablaron negociaciones secretas con los jefes del ejército de Pipino, tras lo cual abrieron las puertas de la ciudad. En 759, tras cuarenta años bajo el dominio de los árabes, Narbona pasó definitivamente a manos de los francos, que garantizaron a sus habitantes el libre disfrute de su derecho godo y romano y de sus instituciones locales. Incluso parece que, en la provincia de España limítrofe con la Septimania, un jefe árabe, Solimán, que mandaba en Gerona y Barcelona, entre el Ebro y los Pirineos, se sometió a Pipino, a él mismo y al país que dependía de él. Este fue un acontecimiento importante en el reinado de Pipino e incluso en la historia moderna, ya que marcó el momento en que el islam, hasta entonces agresivo y victorioso en el sur de Europa, empezó a sentirse definitivamente derrotado y a retroceder ante la cristiandad<sup>10</sup>.

Otros grandes medievalistas como Louis Halphen, Pierre Riché y Michel Rouche también mencionaron estas batallas en sus relatos sobre los inicios del mundo carolingio, y ahora ocupan un lugar destacado en el excelente libro de Geneviève Bührer-Thierry y Charles Mériaux titulado *La France avant la France, 481-888*, aunque también aquí la batalla de Poitiers ocupa un lugar más destacado<sup>11</sup>. A escala regional, estos conflictos también han sido descritos en varias obras, empezando por los libros que trazan el pasado de ciudades del Languedoc, como

10. F. Guizot, *Histoire de France depuis les temps les plus reculés jusqu'en 1789, racontée à mes petits-enfants*, París, 1872, p. 189.

11. G. Bührer-Thierry y Ch. Mériaux, *La France avant la France (481-888)*, París, 2010, pp. 308-312 y 322-323.

Nîmes y Béziers. *L'Histoire de Narbonne*, publicada en 1981 bajo la dirección de Jacques Michaud y André Cabanis, les dedicó algunas páginas y, en 2005, André Bonnery se ocupó más extensamente de este pasado en una obra dedicada a la «Septimanie», en un momento en que algunos pretendían dar este nombre a todo el Languedoc-Rosellón, para gran disgusto de los catalanes<sup>12</sup>.

Lo mismo hicieron varios arabistas y especialistas en el mundo árabo-musulmán, empezando por Maurice Re naud en 1836 en su libro *Les invasions des Sarrasins en France*, seguido por Évariste Lévi-Provençal, que dedicó un valioso espacio al tema en el primer volumen de *Histoire de l'Espagne musulmane*, publicado en 1950<sup>13</sup>. Más tarde, otro arabista de renombre, Charles Pellat, escribió una breve nota sobre Narbona para la *Encyclopédie de l'Islam*, antes de dedicarse a los combates que precedieron a la toma de Aviñón por Carlos Martel en 737. En 2006, François Clément mencionó la «provincia árabe de Narbona» en una obra colectiva titulada *l'Islam et les musulmans en France*, y el propio autor de las líneas que siguen se ha interesado por el tema en varias ocasiones a lo largo de sus trabajos sobre las relaciones entre los primeros carolingios y el mundo árabo-musulmán durante los siglos VIII-IX.

Hay que añadir que, si bien estos acontecimientos han interesado también a historiadores alemanes y anglosajones, como Roger Collins y más recientemente Frank Riess, ha sido sobre todo en España donde han recibido una atención particular, en la medida en que las ofensivas en el sur de la Galia fueron una prolongación de las que condujeron a la conquista de la España visigoda. En 1910, Francisco Codera publicó un artículo titulado «Narbona, Gerona y Barcelona bajo la dominación musulmana». Otros medievalistas españoles se ocuparon posteriormen-

12. A. Bonnery, *La Septimanie au regard de l'Histoire*, Portet-sur-Garonne, 2005.

13. *N. del t.: España musulmana. Hasta la caída del califato de Córdoba (711-1031 de J. C.)*, vol. IV de la *Historia de España Ramón Menéndez Pidal*, Madrid, 1950.

te del tema, entre ellos Pedro Chalmeta, Eduardo Manzano Moreno, Luis Agustín García Moreno y Alejandro García Sanjuán, y fue sobre todo en Cataluña donde el establecimiento de contingentes árabes en Narbona suscitó gran interés, como demuestran los trabajos de Ramon d'Abadal i de Vinyals, Josep María Salrach, Ramon Martí y varios de sus alumnos, quizá porque parte de estas tierras conformarían más tarde la «Marca Hispánica», una especie de preludeo de Cataluña.

Aunque los combates que tuvieron lugar en el sur de Languedoc durante el siglo VIII han atraído durante mucho tiempo la atención de los historiadores, no puede decirse lo mismo de la presencia árabo-musulmana en estas regiones, cuya importancia a menudo se pone en entredicho o al menos se minimiza. Reaccionando sin duda a los excesos de ciertos eruditos locales, el eminente medievalista Lucien Musset escribió a finales de los años sesenta:

Debemos rechazar categóricamente todas las tardías tradiciones que hablan de colonias sarracenas en la Galia. Los musulmanes, en Septimania, no fueron más que un encuadramiento, tan tenue que el gobierno de las principales ciudades lo dejaban en manos de los condes godos. No se posee ningún vestigio arquitectónico de los musulmanes en Francia (...) y la arqueología solo puede aportar al debate algunas monedas encontradas en la Narbonense<sup>14</sup>.

Esta opinión ya no está vigente, pero el objetivo de este libro no es defender una tesis contraria exagerando la importancia de la presencia árabo-musulmana en estas regiones, y naturalmente sería insensato pretender asociar Narbona con Córdoba, Granada o Sevilla. Trece siglos nos separan de los acontecimientos que pretendemos relatar aquí, y las huellas dejadas por esta presencia son igual de reducidas en otras ciudades sometidas en la época, como Gerona o Barcelona. Sin embargo,

14. L. Musset, *Les invasions. Le second assaut contre l'Europe chrétienne (VI<sup>e</sup>-XI<sup>e</sup> siècles)*, París, 1971, p. 158 [trad. esp.: *Las Invasiones. El segundo asalto contra la Europa cristiana (siglos VII-XI)*, Barcelona, 1968, p. 97].

nuestra preocupación por mantener las distancias no debe reducir la dominación árabe de la Galia Narbonense a un mero «detalle» en la historia del Languedoc, y es desde esta perspectiva como pretendemos reunir aquí todos los datos pertinentes, para reconstruir su historia y medir su memoria en un periodo más largo. Este interés puede incluso ser interesante en una región marcada por el éxito electoral de movimientos políticos poco favorables a la inmigración, y en la que las poblaciones magrebíes se han instalado desde hace mucho tiempo, aunque la mayoría de ellas probablemente no tengan conocimiento de aquellos lejanos episodios.

Una vez definidos estos objetivos, cabe señalar que hemos optado deliberadamente por incluir en las páginas siguientes numerosos extractos traducidos de fuentes árabes y textos latinos relativos a estos acontecimientos, con el fin de hacerlos más accesibles. También hemos optado por adoptar un enfoque basado en los acontecimientos y un plan cronológico, ya que los hechos que marcaron este periodo son a menudo muy poco conocidos. Por último, para facilitar la lectura de los nombres de los personajes del texto, hemos simplificado la transcripción de las palabras árabes limitándonos a transcribir las vocales largas con acentos circunflejos y el *ayn* con un apóstrofe (').

## CAPÍTULO PRIMERO

### LAS FUENTES ESCRITAS Y SUS LIMITACIONES

#### DATOS PROCEDENTES DE LAS FUENTES ÁRABES

Frente a la escasez de fuentes relativas a la batalla de Poitiers, la atención prestada a la presencia árabo-musulmana en Narbona está tanto más justificada cuanto que los datos relativos a ella son considerablemente más consistentes y variados. Se trata, en primer lugar, de fuentes árabes, aunque ninguna de ellas sea contemporánea de las ofensivas llevadas a cabo en el sur de la Galia durante la primera mitad del siglo VIII<sup>1</sup>. El primer autor cuyo texto se ha conservado es el historiador 'Abd al-Mâlik b. Ḥabîb (m. 853), que relata brevemente que uno de los dos grandes conquistadores de España, Mûsâ b. Nusayr, invadió el «país de los francos» (*Bilâd al-Ifranî*). Hacia mediados del siglo IX, Jalîfa b. Jayyât (m. 854), en su «Libro de la Historia» (*Kitâb al-Târîj*), relata con más detalle los éxitos de los conquistadores, pero interrumpe su relato tras la toma de Zaragoza en 714. Por otra parte, en una obra titulada «Las conquistas de Egipto, del Magreb y de España» (*Futûḥ Miṣr wa al-Maghrib wa al-Andalus*), el historiador egipcio Ibn 'Abd al-Ḥakam (m. 870) menciona varias veces Narbona, así como las expediciones a la Galia dirigidas por los primeros emires de al-Andalus. Otros datos significativos proceden de dos textos anónimos del siglo X, el *Ajbâr Ma'âmû'a* («Colección de tradiciones») y el *Fath al-Andalus* («La conquista de al-Andalus»). Ibn al-Qûṭiyya (m. 977) también aporta algunos datos en su «Historia de

1. P. Guichard, «La conquête arabe de l'Espagne au miroir des textes», *Cahiers d'études hispaniques médiévales*, 28 (2005), pp. 377-389.

la conquista de al-Andalus» (*Tārīj Ifitāh al-Andalus*) y, posteriormente, otros cronistas siguen mencionando estas ofensivas, como Ibn Ḥayyān (m. 1076), Ibn al-Aṭīr (m. 1225), Ibn ‘Idārī (siglo xiv) y al-Maqqarī (m. 1632), aunque se trata de historiadores que a menudo repiten información de autores más antiguos.

Se puede encontrar información adicional en colecciones de biografías eruditas (*tabaqāt*) en las que se menciona a varios personajes que participaron en la conquista. Gracias a Ibn Ḥazm (m. 1064), disponemos de una lista detallada de los linajes árabes que penetraron en al-Andalus bajo el título *Ŷamharat ansāb al-‘Arab* («Genealogías de los linajes árabes»), aunque los que cruzaron los Pirineos no fueron muchos. Por su parte, los geógrafos árabes aportan poca información adicional, salvo que algunos, como Aḥmad al-Rāzī (m. 955), al-Mas‘ūdī (m. 956) y al-Bakrī (m. 1094), hacen de la ciudad de Narbona (*Arbūna*) uno de los límites de al-Andalus, y varios precisan incluso la distancia que la separa de Córdoba. Las demás ciudades de la región solo se mencionan brevemente, como Carcasona (*Qarqasūna*), citada varias veces por al-Bakrī y Yâqūt (m. 1229), y algunas otras como Béziers, Maguelone y Nimes, pero las noticias relativas a ellas no se refieren al periodo en que pasaron a manos de los gobernadores de al-Andalus<sup>2</sup>. El único relato que proporciona una descripción de Narbona que puede considerarse contemporáneo de la presencia árabo-musulmana procede del geógrafo al-Zuhrī (m. 1154), quien afirma haberlo tomado prestado de autores anteriores.

Aunque muy valiosa, la información proporcionada por todos estos autores debe utilizarse con precaución, ya que la cronología de los acontecimientos que sugieren es a menudo confusa y porque a veces incluyen elementos legendarios. Así, según Ibn Ḥayyān y el autor del *Fath al-Andalus*, luego según al-Zuhrī e Ibn al-Aṭīr, Mūsā b. Nuṣayr entró en

2. El geógrafo al-Idrisī (m. 1165) también las menciona: H. Bresc y A. Nef, *Idrisī, La première géographie de l'Occident*, París, 1999, pp. 363-368; Ch. Pellat, «Notes sur les toponymes français dans le “Livre de Roger”», *Mélanges René Crozet*, t. 2, 1966, pp. 797-807.

Ifranÿa en 712, donde descubrió una inscripción grabada en árabe que invitaba a los hijos de Ismael a volver atrás:

*Al-Zubrî* (siglo XII): En [Narbona] hay una estatua en la que está escrito: «Dad la vuelta, hijos de Ismael. De aquí no podéis pasar. Si me preguntáis os responderé, pero si no dais la vuelta os mataréis unos a otros hasta el día del Juicio»<sup>3</sup>.

*Ibn al-Aṭîr* (siglo XIII): Mûsâ fue a conquistar Zaragoza y las ciudades dependientes de ella; luego penetró en el país de los francos, donde llegó a una vasta llanura desierta, pero donde había monumentos, entre ellos un ídolo de pie, en el que estaban grabadas estas palabras: Hijos de Ismael, este es tu punto extremo y debéis regresar<sup>4</sup>.

Esta noticia se menciona también en al-Ḥimyarî (m. 1495), quien añade que Mûsâ b. Nusayr planeaba regresar a Siria por la orilla norte del Mediterráneo:

Se cuenta que cuando Mûsâ b. Nuṣayr conquistó al-Andalus, quiso atravesar la parte del país de Ifranÿâ que no había alcanzado y conquistar Europa (*al-ard- al-kabîra*), para proseguir así su marcha hasta Siria: esperaba que, franqueando estos territorios, podría abrir una vía transitable que la gente de al-Andalus tomaría para ir a Oriente o volver, lo que les evitaría el trayecto marítimo<sup>5</sup>.

Por encima de todo, estas obras tienden a resaltar las victorias de los conquistadores, destacando repetidamente el botín amasado en

3. D. Bramon, *El mundo en el siglo XII. Estudio de la versión castellana y del «Original» árabe de una geografía universal: «El tratado de al-Zubrî»*, Barcelona, 1991, p. 134, § 200.

4. Ibn al-Aṭîr, *al-Kāmil fî al-Tārîj*, Beirut, 1983, traducción francesa por E. Fagnan, *Annales du Maghreb et de l'Espagne*, Alger, 1898, Boston, 2006, p. 48.

5. Al-Ḥimyarî, *Kitâb al-Rawd al-Mi'târ*, ed. de É. Lévi-Provençal, El Cairo, 1927, p. 27, trad. de É. Lévi-Provençal, *La Péninsule ibérique au Moyen Âge d'après le Kitâb ar-rawd al-Mi'târ fî Khabar al-Aktâr, d'Ibn 'Abd al-Mun'im al-Himyarî*, Leiden, 1938, p. 34.

batalla, mientras que restan importancia a los reveses sufridos. El mejor ejemplo de ello es, sin duda, el poco espacio que ocupa en los textos árabes la derrota del emir ‘Abd al-Raḥmân al-Gâfiqî a manos de Carlos Martel en 732. En la lectura de estas fuentes árabes y de los autores citados como informantes, hay que señalar que no se han conservado las obras de varios de ellos, y este es el caso en particular de historiadores egipcios como al-Layṭ b. Sa’d (m. 791) o ‘Abd Allâh b. Lahy’a (m. 790), siendo la ausencia más perjudicial la del primer volumen de los *Muqtabas* de Ibn Ḥayyân, que abarcaba el periodo anterior a 796.

#### LA CONTRIBUCIÓN DE LAS FUENTES LATINAS

Los datos procedentes de fuentes latinas también son abundantes. La más rica es la *Crónica mozárabe de 754*, único texto casi contemporáneo de los hechos que narra. Se trata de un largo poema escrito por un cristiano anónimo que vivía bajo dominio musulmán, cuyo contenido se refiere a la conquista de la *Hispania visigoda* y a los primeros tiempos de su dominación por los emires árabes. Famosa por su relato detallado de la batalla de Poitiers, esta obra contiene información importante sobre la conquista de Narbona y las posteriores incursiones en Aquitania y el valle del Ródano. Desgraciadamente, tras el episodio de Poitiers, estos territorios quedan completamente excluidos del relato del autor. Otra fuente, conocida como la *Crónica bizantino árabe de 741*, también aporta alguna información, pero es más breve y de menor interés.

Mientras que las *Crónicas asturianas* de finales del siglo ix aportan poca información nueva, otros textos del otro lado de los Pirineos son especialmente interesantes. El primero es la *Crónica de Fredegario*, que relata acontecimientos desde la creación del mundo hasta la entronización de Carlomagno en 768. Iniciada en Borgoña en la segunda mitad del siglo vii, esta obra fue completada por varios continuadores, especialmente por Childebrando, hermanastro de Carlos Martel, para los años 736 a 751, y luego por Nibelungo, hijo de Childebrando, de 751 a 768. Igualmente valiosa es la *Crónica de Moissac* (*Chronicon Moissiacense*), escrita en el primer cuarto del siglo ix, que arroja luz sobre los acontecimientos de estas regiones hasta el año 828. Otras fuentes son

los *Anales del reino de los Francos (Annales Regni Francorum)*, la *Vida de Carlomagno (Vita Karoli Magni)* y, sobre todo, la *Vida del emperador Luis el Piadoso (Vita Hludovici Imperatoris)*, cuando era rey de Aquitania. Otras fuentes de valor más limitado son los *Anales de Saint Bertin (Annales Bertiniani)*, ya que la parte relativa a los años 741-829 se basa en el texto de los *Annales Regni Francorum*, el *Liber Pontificalis (Libro de los Papas)*, la *Historia de los Longobardos* de Paulo Diácono y, por último, la *Historia eclesiástica del pueblo de los Anglos* de Beda el Venerable (m. 735) en la que encontramos una breve alusión a las ofensivas sarracenas en Galia.

Al igual que las fuentes árabes, estos textos presentan varias lagunas. La mayoría de ellos se limitan a relatar episodios bélicos, sobre todo los que fueron favorables a las tropas francas. En su afán por destacar las cualidades militares de Carlos Martel, algunos de ellos son incluso verdaderamente subjetivos, como la *Crónica de Fredegario*, donde los relatos de la toma de Aviñón y de la batalla de Sigean en 737 están teñidos de acentos líricos, a modo de verdaderas epopeyas. Estas fuentes tampoco proporcionan ninguna información sobre el enemigo, a excepción de las menciones de algunos gobernadores o jefes militares árabes, a veces difíciles de identificar debido a la deformación de sus nombres por los escribas latinos. Es el caso, en particular, de *Athima* y de *Amormacha*, que aparecen en batallas acaecidas en 737. Algunos fueron calificados erróneamente de reyes (*rex sarracenorum*), como *Athima*, asediado en Narbona por Carlos Martel, o *Sema* (al-Samḥ) y *Ambisa* (‘Anbasa)<sup>6</sup>. De forma más general, estos enemigos fueron descritos como una «nación» y siguieron designándose con términos bíblicos como «sarracenos», «agarenos» e «ismaelitas»<sup>7</sup>.

6. Fredegario, *Chronique des temps mérovingiens*, traducción, introducción y notas por O. Devillers y J. Meyers, Turnhout, 2001, pp. 224-225.

7. «De nuevo se rebela la poderosa nación de los ismaelitas, llamados ahora, según un término corrompido, sarracenos» (*Denuo rebellante gente ualida Ismaelitarum quos modo Sarracinos corrupto uocabulo nuncupant (...)*, Fredegario, *Chronique des temps mérovingiens...*, pp. 222-223).

## UN ADVERSARIO MAL CONOCIDO

De hecho, aquellos nuevos invasores eran poco conocidos para los escritores occidentales de la época, y lo mismo ocurría naturalmente con las poblaciones que iban a ser sometidas<sup>8</sup>. Sin duda, los escritos de algunos cristianos orientales que describían las conquistas árabes como un castigo querido por Dios para castigar a los cristianos por sus pecados ya eran conocidos por una minoría muy reducida de eclesiásticos. Esos textos evocaban la existencia de un «profeta» cuyos seguidores eran retratados como idólatras o herejes, y algunos incluso veían sus éxitos como un presagio del Apocalipsis. Sin embargo, nada permite afirmar que estos comentarios estuvieran muy extendidos en Occidente, a pesar de que el *Apocalipsis* del Pseudo-Methodio, que condenaba la opresión de los conquistadores, fue traducido al latín a principios del siglo VIII por un monje oriental refugiado en la Galia.

A este desconocimiento se sumaba el hecho de que los medios para conocer a los sarracenos eran aún muy limitados. Los peregrinos que iban a Tierra Santa solo traían vagas informaciones sobre los nuevos amos del país. Un ejemplo bien conocido es el del obispo franco Arculfo, que pasó varios meses en Oriente Próximo hacia finales del siglo VII y cuyo relato, *Locis Sanctis* («De los Santos Lugares»), solo menciona al califa Mu'awiya (*Mavia rex sarracenorum*) y dos mezquitas, una en Jerusalén y otra en Damasco (*ecclesia incredulorum*):

(Jerusalén). En el famoso lugar donde se construyó magníficamente el Templo, los sarracenos erigieron una casa de oración; es cuadrangular, cubierta de madera con grandes vigas que descansan sobre unas

8. Ph. Sénac, *Charlemagne et Mahomet en Espagne (VIII<sup>e</sup>-IX<sup>e</sup> siècles)*, París, 2015, pp. 16-27. De manera más general, J. Tolan, *Les Sarrasins*, París, 2003 [trad. esp.: *Sarracenos. El Islam en la imaginación medieval europea*, Valencia, 2007] y J. Flori, *L'Islam et la fin des temps. L'interprétation prophétique des invasions musulmanes dans la chrétienté médiévale*, París, 2007 [trad. esp.: *El islam y el fin de los tiempos. La interpretación profética de las invasiones musulmanas en la cristiandad medieval*, Madrid, 2010].

ruinas. Se reúnen en este edificio destartalado, con capacidad para unos tres mil hombres.

(*Damasco*). Un rey sarraceno se ha apoderado de esta ciudad y reina en ella. En esta ciudad hay una gran iglesia en honor de San Juan Bautista, y también un templo para los infieles sarracenos<sup>9</sup>.

Algunos decenios más tarde, al término de su peregrinación a Jerusalén en 724, el monje anglosajón Willibaldo menciona al soberano sarraceno bajo el nombre de *mirmunini*, transcripción del árabe *amir al-mu'minin* («príncipe de los creyentes»), pero, como señaló Arieh Graboïs, sus conocimientos de la evolución política de Oriente seguían siendo «incompletos»<sup>10</sup>. Otro indicio de la escasa información que tenían los francos sobre su futuro adversario se encuentra en la *Crónica de Fredegario*, cuando se mencionan las primeras conquistas árabes:

Los Agarenos (*Agarrini*), o Sarracenos (*Saracini*), como atestigua el libro de Orosio, una nación circuncisa (*gens circumcisa*), se habían establecido durante mucho tiempo en las laderas del Cáucaso, en la tierra de Ercolia. Habiendo llegado a ser demasiado numerosos, finalmente tomaron las armas y se lanzaron sobre las provincias del emperador Heraclio<sup>11</sup>.

Quizá porque estas tierras estaban bajo la jurisdicción del emperador bizantino, los propios pontífices no parece que hubieran mostrado especial interés por los ejércitos que acababan de someter Jerusalén, Siria, Egipto y el norte de África. La amenaza sarracena no parece haber sido percibida hasta después del asesinato del emperador Constante II en Siracusa en 668, durante una expedición sarracena contra Sicilia, y luego durante el pontificado de Juan V (685-686), cuando se hace referencia a un acuerdo decenal entre el emperador Justiniano II (685-695) y los

9. Adamnan, *De locis sanctis*, ed de D. Meehan, Dublín, 1958; *Scriptores latini Hiberniae*, vol. III, p. 42, 52-54 y 98.

10. A. Graboïs, *Le pèlerin occidental en terre sainte au Moyen Âge*, París-Bruselas, 1998.

11. Fredegario, *Chronique des temps mérovingiens...*, pp. 156-161 y 182-185.

sarracenos. De hecho, no fue hasta diez años después de que los ejércitos árabo-bereberes hubieran entrado en España, en tiempos del papa Gregorio II (715-731), cuando el *Liber Pontificalis* comenzó a mencionarlos, relatando la ayuda que el papa Gregorio II había prestado al duque Eudón de Aquitania poco antes de la batalla de Tolosa en 721<sup>12</sup>.

La amenaza se había hecho realidad, pero el conocimiento que los cristianos occidentales tenían de aquellos ejércitos sarracenos era aún muy limitado a principios del siglo VIII. Como señaló John Tolan, en una Europa continuamente asolada por guerras e invasiones, «los sarracenos fueron unos más entre los numerosos invasores no cristianos» sobre los que no se disponía de información precisa<sup>13</sup>. A lo sumo, puede decirse que fueron objeto de una cierta especificidad bastante pronto, en la medida en que los cronistas latinos del siglo VIII se referían a los sarracenos con términos diferentes de los que utilizaban para otros enemigos de los francos, ya fueran frisonos o sajones. En la *Crónica de Fredegario*, por ejemplo, estos últimos son calificados de «paganos», mientras que los sarracenos son descritos como una «nación pérfida» y nunca como «paganos». Aunque el objetivo de los francos era convertir a sus adversarios a la religión cristiana, tal pretensión nunca se refirió a los sarracenos, y en vano se buscará en las fuentes de la época la menor alusión a la religión de aquel nuevo adversario, aunque el anglosajón Beda el Venerable los presentara como adoradores de una estrella llamada Lucifer.

Según Michel Rouche, el comportamiento de los papas hacia el islam y los musulmanes cambió en las décadas siguientes, tras las victorias de Carlos Martel sobre los sarracenos. Según este historiador, el papa se acercó a Carlos Martel no solo por la amenaza de los lombardos a Roma, sino también por el peligro que los sarracenos representaban para la Iglesia. El príncipe franco se convirtió así en el «brazo secular de los obispos de Roma», y los años que siguieron a su muerte (741) vieron surgir una «doctrina de guerra anti-islámica», que se manifestó

12. L. Duchesne, *Liber Pontificalis*, París, 1955, t. 1, pp. 346, 366 y 401.

13. J. Tolan, *Sarracenos...*, p. 100.

en las acusaciones formuladas por el papa Zacarías (742-752) contra los mercaderes venecianos que iban a vender esclavos a los paganos de África<sup>14</sup>. La presencia en el concilio de Letrán en 769 de un obispo de Tortosa llamado José habría proporcionado entonces al papa información sobre los musulmanes, al igual que la llegada a Roma de Daniel, obispo de Narbona, que acababa de ser tomada a los musulmanes diez años antes<sup>15</sup>. Más tarde, en el transcurso del siglo IX, podemos suponer que circularon por las Galias informaciones más precisas sobre la religión musulmana por mediación de refugiados hispanos y mozárabes de al-Andalus, pero un siglo antes, esta seguía siendo desconocida y el invasor solo era un enemigo contra el que luchar<sup>16</sup>.

A la vista de la interpretación que algunos han dado a la victoria de Carlos Martel en Poitiers, sería anacrónico considerar esta batalla y los combates que siguieron como un conflicto doctrinal, a modo de una guerra religiosa. Islam y musulmanes permanecieron en la más completa oscuridad, y conviene insistir en este punto: según el relato de la *Crónica mozárabe de 754*, en Poitiers como en otros lugares, la lucha fue entre «gentes del Norte» y sarracenos, y no entre «cristianos» y «musulmanes». Sería tanto más torpe presentar estas batallas como un conflicto religioso a modo de un «choque de civilizaciones» o de una «guerra santa», pues no es seguro que todos los conquistadores de la península ibérica y de Narbona estuvieran inspirados por un espíritu de yihad, ya que el

14. L. Duchesne, *Liber Pontificalis...*, t. 1, p. 433.

15. M. Rouche, «Le pape face à l'Islam au VIII<sup>e</sup> siècle», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, t. XXXII, 1996, pp. 205-216.

16. El vocabulario empleado por los documentos oficiales sugiere de buen grado una mayor toma de conciencia de la naturaleza del otro: así, a principios del año 815, en la primera Constitución de Luis el Piadoso relativa a los *hispani* refugiados en el reino de los francos, el emperador evoca «la gente sarracena, muy enemiga de la cristiandad», pero evidentemente no es seguro que estos términos revelen ningún progreso en el conocimiento de la religión musulmana (Ph. Depreux, «Les Préceptes pour les Hispani de Charlemagne, Louis le Pieux et Charles le Chauve», en Ph. Sénac (ed.), *Aquitaine-Espagne, VIII<sup>e</sup>-XIII<sup>e</sup> siècle*, Poitiers, 2001, pp. 19-38 y 34).